

Manuel Rivero Rodríguez

Felipe II



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: abril de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía Moreno y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Manuel Rivero Rodríguez, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

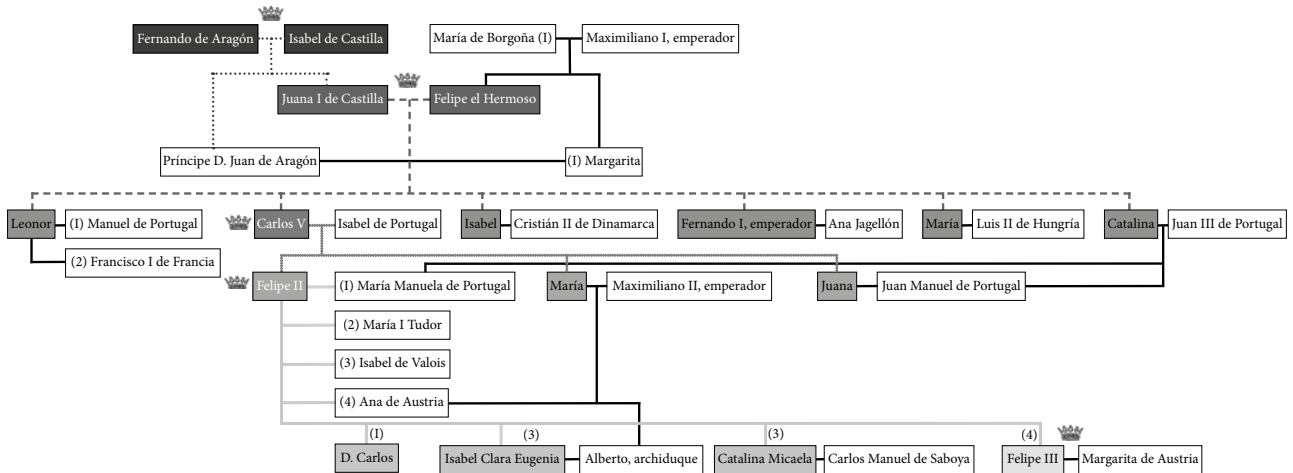


ISBN: 979-13-7009-220-7
Depósito legal: M-147-2026
Printed in Spain

Índice

9	Introducción
21	1. Un príncipe en una sociedad de príncipes
73	2. Sucesión
133	3. Tiempo de paz
187	4. Tiempo de guerra
227	5. La configuración de la monarquía
259	6. Soberano del mundo
289	7. Senectud
317	Balance de un rey y de un reinado
327	Mapas
333	Fuentes y bibliografía
347	Créditos de las imágenes

ASCENDIENTES Y DESCENDIENTES DE FELIPE II



Introducción

Aunque hoy está prácticamente olvidado, Gregorio Leti (1630-1701) fue uno de los primeros escritores de *best sellers* de la historia, gozó de fama internacional y vivió de publicar sus libros. Escribía ensayos históricos y biografías que se anticipaban en cierto modo a lo que en el siglo xx representó Stefan Zweig (1881-1942). No fue un historiador propiamente dicho, sino un escritor reconocido y de éxito al que se valoraba por su destreza para retratar a sus biografiados, manifestándose como un observador sagaz, irónico muchas veces y buen caracterizador de la psicología de sus personajes. Una de sus obras más populares fue su biografía de Felipe II escrita en italiano, publicada en Colonia en 1679, rápidamente traducida al francés, al inglés y al alemán. A este libro hoy no se le presta ninguna atención por parte de los historiadores, pues es más fantástico que otra cosa; sin embargo, plantea y presenta muchos elementos y características

del soberano que para bien o para mal siguen presentes en la imagen por la que aún le conoce el público.

Cuando Leti escribió *Vida del católico rey Felipe II monarca de las Españas* quiso presentarse como autor imparcial y para ello añadió a renglón seguido del rótulo el siguiente subtítulo: *Apodado el político con todos, el prudente en sus intereses, el astuto con los soberanos, el celoso con sus pueblos, el infatigable en el gabinete, el adquirente de nuevos mundos, el severo con su sangre, el amigo de la paz, el piadoso con la Iglesia y el perseguidor de los enemigos de la Sede Apostólica.*

Sin pretender ser elogioso, este subtítulo permitía una rápida aproximación de lo que deparaba la obra, señalando los rasgos fuertes de su sujeto de estudio.

Político con todos remite a su habilidad para negociar los asuntos públicos. *Prudente en sus intereses* señala su cautela y sabiduría al tomar decisiones sobre todo aquello que afectara a sus dominios y su poder. *Astuto con los soberanos* ilustra sobre su inteligencia y sagacidad en las interacciones con otros gobernantes. *Celoso con sus pueblos* se refiere a su dedicación y cuidado hacia sus súbditos y territorios. *Infatigable en el gabinete* es un tópico en cualquier semblanza de un rey conocido por su incansable trabajo administrativo, su atención a los detalles y su dedicación a los asuntos de Estado. El *adquirente de nuevos mundos* hace referencia a su implicación personal en la expansión ultramarina y la colonización de nuevas tierras. *Severo con su sangre* indica su firmeza como cabeza de familia que no dudó en disciplinar con dureza a sus

familiares si se desviaban de su cometido, como fue el caso del príncipe don Carlos. Como *amigo de la paz* destaca su preferencia por resolver conflictos sin usar las armas. Con *piadoso con la Iglesia* muestra uno de los rasgos fuertes de su personalidad, su devoción y apoyo a la Iglesia católica. Para concluir, con *perseguidor de los enemigos de la Sede Apostólica* explica su impopularidad en el mundo protestante por su papel protagonista en la persecución de herejes y enemigos de la fe católica (Leti 1679).

Probablemente de todos estos calificativos el que más nos puede sorprender hoy es el de «amigo de la paz».

En el prólogo de la biografía, Gregorio Leti señalaba que una figura tan paradigmática y polémica, como era la del rey Prudente, parecía que no podía abordarse sin prejuicios, sin inclinarse por una visión negativa o positiva. Después de haber leído todo lo que se había escrito hasta entonces sobre su personaje, señalaba que para los autores españoles y los partidarios de la casa de Austria fue un santo, para los franceses un político frío y calculador y para los protestantes un demonio. Estas tres tradiciones dibujaban tres personajes muy diferentes entre sí y totalmente incompatibles.

Leti, nacido en el catolicismo, convertido al calvinismo en Ginebra y residente en Inglaterra cuando redactó la biografía, se propuso a sí mismo un reto, o un desafío, pretendiendo una lectura que mostrara la verdad fuera de las pasiones confesionales y que pudieran leerla los súbditos de la casa de Austria, los franceses y los protestantes sin que pudieran poner reparos. La dedicó

al duque de York, futuro Jacobo II de Inglaterra, quien en ese momento abogaba por la libertad religiosa y la reconciliación entre católicos y protestantes.

Puede que esta fuera la primera biografía del rey Prudente que se propusiera como meta la objetividad y no su defensa o su condena. No obstante, pese a estas intenciones el juicio de los lectores situó a Leti en un lugar ajeno a la neutralidad y no fue traducido al castellano por considerarlo hostil a su biografiado.

Desde el siglo xvii esto ha cambiado poco. Las biografías de Felipe II fueron juguete de versiones y percepciones muy diferentes, fluctuando entre las que ofrecían sus defensores y sus detractores sin término medio. Muchos de los que pretendieron ser objetivos, como Leti, acabaron siendo acusados de situarse a uno u otro lado. Parecía que no era posible la neutralidad. Puede decirse que hasta fechas muy recientes los biógrafos de Felipe II se ajustaban a la clasificación que hizo en 1882 uno de sus más eximios devotos, don José Fernández Montaña: los admiradores y los enemigos, estos últimos subdivididos en mansos y fieros (Fernández Montaña 1882; García Cárcel 2017).

A este respecto, el historiador belga Léon Halkin elaboró un breve catálogo de autores, distinguiendo entre aquellos que eran desfavorables a Felipe II, seguidores de la tradición, y los favorables, a quienes consideraba rehabilitadores. A su juicio, las primeras biografías del rey fueron negativas y sus partidarios las contestaron, manteniéndose esta dialéctica hasta que en el siglo xix se

consolidó una mala imagen del monarca. Esta percepción negativa se afianzó no solo a través de la historia, sino también mediante la novela (Victor Hugo), el teatro (Schiller), la ópera (Verdi) y la poesía (Verlaine). De algún modo, esta imagen fue ratificada por el aparato de propaganda de la dictadura del general Franco, que se apropió de la figura de Felipe II, vinculándola al régimen. Así, entre las décadas de 1940 y 1960, el uso del estilo herreriano en edificios públicos, la promoción de estudios sobre el monarca y su legado, así como la obsesión por la España imperial en las lecturas escolares, hicieron que para muchas personas de mi generación se asociaran dos cosas que nada tienen que ver. Durante mucho tiempo, los investigadores españoles que han estudiado al rey y su reinado han sido vistos con cierta aprensión, como si existiera una comunión ideológica. A finales del siglo xx, el historiador británico Henry Kamen observó, además, una notable diferencia entre ambos bandos: a su parecer, los libros escritos por los admiradores y defensores de Felipe II son pésimos y los de sus detractores excelentes, juicio que no comparto del todo, pero que da una idea aproximada del estado de la cuestión (Halkin 1968, 93-106; Kamen 1997, 13-16).

Kamen se propuso salir de ese juego escribiendo una biografía del soberano planteada con un enfoque científico que se separaba de la literatura preexistente, esbozando «la primera biografía íntegra y ampliamente documentada que se ha escrito sobre el rey». Esto lo escribió en vísperas de los grandes fastos de 1998 para conmemorar

el cuarto centenario de la muerte de Felipe II y con una evidente oportunidad académica y comercial. Su biografía aprovechaba la ocasión, pues en ese momento había un enorme vacío de biografías documentadas del soberano, aunque sí buenas obras de síntesis como las escritas por Peter Pierson y Geoffrey Parker.

Aunque las palabras arriba citadas tenían la intención de promocionar su libro, no deja de ser verdad lo que decía. En 1997, en vísperas de la celebración del cuarto centenario de la muerte de Felipe II, no había biografías con un nivel de investigación sólido. Sin embargo, todo cambió en pocos meses; su biografía no dejó de ser la primera, pero sí de ser la única. En 1998 hubo tal avalancha de publicaciones sobre Felipe II que ya nada sería igual, quedando su libro desactualizado en muy poco tiempo. El Gobierno español creó una sociedad estatal para la conmemoración que dedicó enormes recursos para publicaciones, exposiciones, congresos internacionales y eventos de todo tipo. La sociedad estatal, las universidades, las sociedades históricas, las editoriales y toda clase de entidades públicas y privadas sacaron a la luz un volumen tal de publicaciones que seguramente superaron a todo lo que antes se había escrito sobre el rey Prudente, y hubo biografías solventes y bien fundamentadas con materiales originales, como la de Manuel Fernández Álvarez o la actualización y ampliación que hizo Geoffrey Parker de su obra de síntesis.

Estudios como los que en aquel momento se produjeron parece que no han vuelto a repetirse y fueron muchos

los que creyeron que el tema había quedado agotado, o eso parecía. Después de 1998 se tenía la sensación de haber quedado saturada toda posibilidad de estudiar a Felipe II, agostando el tema. La biografía «definitiva» de Geoffrey Parker fue una reelaboración de su obra de síntesis a la que agregó lo publicado en los centenarios, añadiendo copiosos materiales documentales y bibliográficos, y enriqueció con datos y cifras su retrato del soberano, si bien en esencia apenas sufrió cambios en su análisis y conclusiones (Parker 2010). Asimismo, la idea de que ningún historiador español era capaz de escribir una buena biografía del soberano, manifestada por Braudel y Kamen, hoy en día está cancelada, pues las que escribieron Martínez Ruiz y Gonzalo Sánchez-Molero, además de la mencionada de Fernández Álvarez, lo desmienten categóricamente.

La historia no es una materia estática, el pasado es continuamente interrogado desde el presente y cada generación de historiadores procura indagar lo acontecido con preocupaciones que de forma consciente o inconsciente son propias de la realidad del tiempo en el que escriben. Esto es evidente en los estudios de género, cultura material, historia conceptual, global, etc. Las biografías que hemos mencionado mantienen todas ellas un esquema tradicional del signo de vidas de grandes hombres. La pregunta que hoy nos hacemos es si es necesario escribir otra biografía del «gran hombre», señalando sus aciertos, sus fracasos, y emitiendo un juicio sobre él y su legado. Creo que no, porque para eso tenemos las excelentes biografías que ya hemos mencionado.

Planteamos esta biografía desde una perspectiva distinta. Invitamos al lector a viajar a ese país extranjero que es el pasado, donde encontrará elementos que, aunque parezcan familiares, resultan profundamente ajenos. Para empezar, deberá situarse en un mundo sin Estado, sin identidad nacional, sin democracia ni dictadura, sin libertad de opinión ni de credo. Un tiempo regido por estructuras que hoy consideraríamos arbitrarias o inaceptables, dominado por la intransigencia, la jerarquía, el patriarcado y la servidumbre. Ninguno de los valores contemporáneos —independientemente de nuestras ideologías o creencias— tenía cabida en aquella Europa del siglo XVI. Por eso, aunque hablemos de nuestros antepasados, son más «ellos» que «nosotros».

Al escribir la biografía de un rey me interesa abordar una anomalía frecuente en los estudios sobre soberanos de la Edad Moderna: la tendencia a tratarlos como figuras excepcionales, dotadas de una individualidad sobresaliente, ya sea para ensalzarlos o condenarlos. Se olvida con frecuencia que su relevancia no radica en sus méritos personales, sino en el hecho de haber heredado uno o varios estados. Felipe II, como Enrique II de Francia, Isabel I de Inglaterra o el emperador Maximiliano II, no accedieron al poder por virtud o habilidad —como proponía Maquiavelo en *El Príncipe*—, sino porque sus padres se lo transmitieron, del mismo modo que ellos lo harían con sus hijos o parientes más cercanos.

Desde el siglo XIX, las historias nacionales han presentado a los reyes de los siglos XVI y XVII como líderes de naciones emergentes. Aunque en el siglo XX se dio mayor protagonismo a la historia económica y social, esta visión no desapareció del todo. Sin embargo, al leer los tratados firmados por Felipe II o las instrucciones dirigidas a sus representantes —gobernadores, virreyes, capitanes generales— se percibe un principio constante: su interés personal. Interpretar su acción política o la de su padre como una empresa intelectual o ideológica resulta, como mínimo, exagerado. Es cierto que los cambios ideológicos, religiosos, sociales y económicos influyeron en sus decisiones, pero siempre desde una lógica dinástica. Desde ahí parte nuestro relato.

Felipe II, como los demás soberanos de su tiempo, actuaba como propietario de sus estados. Los consideraba posesiones privadas que podía adquirir, perder, intercambiar o legar. Sus títulos, emblemas y escudos reflejan más la diversidad de su patrimonio que una identidad nacional. No fue el primer servidor del Estado: en su cosmovisión, lo público y lo privado eran inseparables de su persona.

Dada la distancia temporal y cultural que nos separa del siglo XVI, resulta imposible «ponerse en la piel» de Felipe II. No podemos pensar como él, ni podemos observar el mundo desde su perspectiva, pero sí podemos situarlo en primer plano y analizar sus decisiones a partir de su contexto mental y cultural. Esta biografía, centrada en la persona más que en la época, busca mostrar cómo

fue construyendo sus ideas, gustos y convicciones. Desde su figura accederemos a los grandes temas y conflictos de su tiempo.

* * *

Un libro no sale de la nada y es forzoso concluir con un pequeño apartado de agradecimientos, empezando por Alianza Editorial y su editora Magda Lasheras que me hizo este encargo, a la Universidad Autónoma de Madrid que me concedió un año sabático que me ha permitido disponer de tiempo para redactar este libro, a José Martínez Millán y al equipo (Carlos Javier de Carlos Morales, Santiago Fernández Conti, Henar Pizarro Llorente, Félix Labrador Arroyo, Eloy Hortal Muñoz, Ignacio Ezquerro y algunos otros compañeros más) que hemos pasado muchas horas con Felipe II y de quienes he aprendido mucho gracias a su ingente investigación, como podrán apreciar los lectores de esta obra.

Decía María José Rodríguez Salgado que, después de su marido, era Felipe II el hombre con quien había pasado más tiempo en su vida, y yo creo que a nosotros nos ha pasado lo mismo, extendido a su hijo y descendientes. Hemos pasado nuestra vida con la casa de Austria.

Quiero finalizar con un recuerdo a mi familia, sin su afecto nada hubiera sido posible. A Mabel, Jaime y Arturo va dedicado este libro.



El príncipe Felipe a los 16 años. Xilografía de Cornelis Anthonijs, 1543.
Rijksmuseum Amsterdam.

1. Un príncipe en una sociedad de príncipes

La dinastía

Si Felipe II resucitase, saliese de su sepulcro en El Escorial y bajase a Madrid para ver en qué estado está el mundo y su monarquía ¿cómo reaccionaría? Esto es lo que en 1914 se preguntó José Fernández Montaña para abrir una reflexión sobre el rey Prudente y su legado. A su juicio, el soberano, como humanista y hombre del Renacimiento, no se habría sorprendido mucho con los cambios científicos y tecnológicos habidos durante la Revolución industrial, pero sin duda le habría conmovido ver que el inmenso imperio que había construido «estuviera ya perdido y tornaría morir de horror de pena y de vergüenza, viendo hasta cual extremo degeneró la raza eminentemente católica y conquistadora que él gobernó y condujo a los campos de la victoria». El texto,

escrito apenas quince años después de la pérdida de los restos del Imperio español, contenía un duro reproche a todos los gobernantes españoles del siglo XIX, muy particularmente a los demócratas y a los liberales que habían lanzado a la destrucción el legado de la monarquía en un «desdichado siglo» que comenzaba en 1812 y terminaba en la catástrofe de 1898. Corto y desventurado siglo, a su buen entender (Fernández Montaña 1914).

Está claro que este era el juicio que cabía esperar de un nacionalista conservador, nostálgico de un imperio ultramarino que se había desmoronado ante sus ojos, que veneraba a Felipe II como su artífice. Desde la perspectiva de los estudios actuales sobre el rey Prudente, pienso que eso no es lo que más le sorprendería a Felipe II, más que nada porque no pensaba como Fernández Montaña. Como hombre del siglo XVI, la nación y lo nacional no tenían para él valor alguno y, en 1914, le habría dejado atónito ver que todo se construía sobre la patria, que los hombres y mujeres de comienzos del siglo XX entregaban su lealtad, su vida y su destino a la nación, a —como decía el diccionario de la RAE en su edición de 1884— un «territorio que comprende, y aún sus individuos, tomados colectivamente, como conjunto». Para defender y engrandecer sus naciones los europeos se lanzaron alegremente en 1914 a una matanza general. Ninguna de las guerras en las que estuvo implicado Felipe II tuvieron ese carácter. Vivió en un tiempo en el que el Estado era propiedad del soberano, y si resucitase ahora se encontraría en un mundo en el que esa relación se había invertido:

los pocos soberanos que hoy quedan en Europa son servidores del Estado. Soberanos que deben lealtad a una nación y no a su linaje, así que no le sorprendería tanto la pérdida del imperio como el que los soberanos actuales no se cuidasen de engrandecer su patrimonio contrayendo matrimonios con otros príncipes para acrecentar su poderío.

Los historiadores de los siglos XIX y XX, al proponer una lectura de la política y la vivencia personal del soberano desde un punto de vista nacional o nacionalista, alteraron el fundamento sobre el que se sustentaban las ideas, el carácter, los proyectos y las perspectivas vitales del monarca. Era propietario y soberano de muchos estados en los que se hablaban lenguas diferentes, tenían fronteras que los separaban, disponían de leyes particulares y sus súbditos eran extranjeros entre sí. Era dueño de un conjunto del que era soberano individual de cada parte. Su persona, o más bien su linaje, unía todas las partes del conjunto. No había himno ni bandera ni símbolos comunes para todos sus gobernados, lo que unía a todos sus súbditos y vasallos era tenerle a él como señor natural y soberano.

A mediados del siglo XVI, la monarquía era el único régimen político concebible en la escena europea. Las repúblicas eran escasas y se hallaban en retroceso. A excepción de Suiza, Venecia, Génova, San Marino y Lucca, donde había regímenes republicanos, en el resto del continente, en cada país, una sola familia era dueña de un territorio. Además, los dueños de los territorios, los

príncipes (reyes, duques, condes y marqueses, principalmente) componían una pequeña sociedad dominante: todo el sistema político se organizaba según sus intereses patrimoniales y familiares. Consecuentemente, los soberanos europeos tenían poco arraigo nacional; sus familias eran, por decirlo así, internacionales.

Dicho esto, los soberanos del siglo XVI a quien debían lealtad era a su solar y era la dinastía su principal preocupación. Por decirlo de manera sencilla, para Felipe II su patria era la dinastía, la casa de Habsburgo (en España denominada casa de Austria). Una dinastía es una línea sucesiva de soberanos que se remonta a la figura de un fundador en el pasado. Es una familia vertical construida a lo largo del tiempo, de padres sustituidos por hijos e hijas que se construye sobre las reglas de sucesión, las prácticas de reproducción y la línea de sangre como portadora de parentesco. Por eso mismo, los primeros biógrafos de Felipe II en los siglos XVI y XVII comenzaban por destacar su linaje remontándose al conde Rodolfo II de Habsburgo (1168-1232) (Salazar Acha 1998; Duindam 2019).

La dinastía era una organización patrilineal, basada en el predominio de la línea paterna, en la que, obviamente, las esposas reales tenían una gran importancia. Príncipes y princesas no contraían matrimonio con personas de nivel social inferior al propio para, en primer lugar, no perder prestigio y posición en la jerarquía de la realeza y, en segundo lugar, porque la institución matrimonial era una de sus principales herramientas de poder,

era indispensable para concentrar y aumentar patrimonio, preservarlo y transmitirlo. Las bodas reales fueron respuesta a necesidades patrimoniales (engrandecimiento de la casa) y políticas (alianzas y paces) (Bély 1999).

En esta pequeña sociedad de príncipes, reyes y reinas se esforzaban por unir sus familias con otras familias reales, sin importar que fueran parientes cercanos, para asegurar su patrimonio. Aparentemente se seguían estrategias en las que se apostaba sobre seguro, pero el azar entraba en juego gracias a la alta mortalidad y a los problemas de fecundidad, de modo que una alianza matrimonial podía tener resultados inesperados, reorganizando el panorama político de manera un tanto imprevisible, reconfigurando el mapa de Europa en beneficio de una familia cuya posición inicial no le garantizaba el lugar que iba a ocupar. Es el caso de la política matrimonial de los bisabuelos de Felipe II. Por un lado, el emperador Maximiliano I de Habsburgo se casó con María de Borgoña; sus hijos, Margarita y Felipe, se unieron en matrimonio con Juan y Juana, los hijos de los Reyes Católicos. Por otro lado, los Reyes Católicos (Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón) buscaron unir toda la península ibérica bajo su dominio, continuando una política de alianzas matrimoniales con la casa de Avis, que gobernaba Portugal. Su hija mayor, Isabel de Aragón, se casó primero con Alfonso de Avis, quien murió pronto. Luego se casó con Manuel I de Portugal. El heredero de los Reyes Católicos, Juan, también falleció poco después de casarse con Margarita de Habsburgo.